



Revista Affectio Societatis  
Departamento de Psicoanálisis  
Universidad de Antioquia  
[affectio@antares.udea.edu.co](mailto:affectio@antares.udea.edu.co)  
ISSN (versión electrónica): 0123-8884  
ISSN (versión impresa): 2215-8774  
Colombia

2012

Beatriz Elena Maya Restrepo

**FUNES: LA PARADOJA DE LA MEMORIA**

Art. # 16

Revista Affectio Societatis, Vol. 9, N° 17, diciembre de 2012

Departamento de Psicoanálisis, Universidad de Antioquia

Medellín, Colombia

## FUNES: LA PARADOJA DE LA MEMORIA

Beatriz Elena Maya Restrepo<sup>1</sup>

### Resumen

El presente artículo pretende seguir los lineamientos de Jacques Lacan sobre el acercamiento que el psicoanálisis debe tener a la obra literaria, sin caer en el mal llamado psicoanálisis aplicado, respetando los dichos del autor, sin pretensiones diagnósticas y a partir de los enigmas que la obra entregue. Se intenta hacer una lectura de *Funes el memorioso* de Jorge Luis Borges.

**Palabras clave:** memoria, pensamiento, olvido, lapsus, enigma.

### FUNES: THE PARADOX OF MEMORY

#### Abstract

This paper aims to follow Jacques Lacan's guidelines on the approach that psychoanalysis must have to literary work, without succumbing to the misnamed applied psychoanalysis, respecting the author's words, without diagnostic aspirations, and from the enigmas the work offers. A reading of Jorge Luis Borges' *Funes the Memorious* is hoped.

**Keywords:** Memory, thinking, oblivion, lapse, enigma.

### FUNES: LE PARADOXE DE LA MÉMOIRE

#### Résumé

Cet article a pour but de suivre les directives de Jacques Lacan en ce qui concerne l'approche que

la psychanalyse doit avoir sur une œuvre littéraire, sans faire appel à la psychanalyse dite appliquée, en respectant les discours de l'auteur, sans prétention de diagnostic et à partir des énigmes apportées par l'œuvre même. Il tente de faire une lecture de *Funes*, le mémorialiste de Jorge Luis Borges.

**Mots-clés :** mémoire, pensée, oubli, lapsus, énigme.

Recibido: 27/03/12 Evaluado: 12/04/12 Aprobado: 06/05/12

---

<sup>1</sup> Psicoanalista. Magíster en Psicoanálisis, cultura y vínculo social, Universidad de Antioquia. Docente cátedra de la Universidad de Antioquia. [belemare@une.net.co](mailto:belemare@une.net.co)

El enigma es la oferta que hace una obra literaria; el enigma como aquello a lo cual dirigimos nuestras preguntas con la intención de resolverlo, pero teniendo claro que puede haber uno que no sea susceptible de pasar a la palabra, al enunciado y que, entonces, conserve siempre su modalidad de enunciación, un agujero impenetrable, opacidad de la palabra que construye una historia. Única manera en que el psicoanálisis, como teoría, incursione en la literatura manteniendo el enigma del lado de esta (Lacan, 1989:108), sin pretensiones de saberes absolutos que degraden su uso.

*Funes el memorioso* (Borges, 2001:51-55) no sólo es un relato de Jorge Luis Borges, Funes es un enigma. Borges escribe en primera persona y narra su encuentro con un personaje llamado Ireneo Funes, quien llama la atención, aparentemente, porque tiene una memoria prodigiosa. Lo conoce una vez en un camino y recuerda:

Había oscurecido de golpe; oí rápidos y casi secretos pasos en lo alto; alcé los ojos y vi un muchacho que corría por la estrecha y rota vereda como por una estrecha y rota pared. Recuerdo la bombacha, las alpargatas, recuerdo el cigarrillo en el duro rostro, contra el nubarrón ya sin límites. Bernardo le gritó imprevisiblemente: ¿Qué horas son, Ireneo? Sin consultar el cielo, sin detenerse, el otro respondió: Faltan cuatro minutos para las ocho, joven Bernardo Juan Francisco. La voz era aguda, burlona (Borges, 2001:51).

Tenía la capacidad de saber la hora como un reloj. Se supone que, después de un accidente en un caballo, su memoria y su percepción eran infalibles. No podemos obviar el largo parlamento en el que el narrador describe su situación, veamos:

Nosotros, de un vistazo, percibimos tres copas en una mesa; Funes, todos los vástagos y racimos y frutos que comprende una parra. Sabía las formas de las nubes australes del amanecer del treinta de abril de mil ochocientos ochenta y dos y podía compararlas en el recuerdo con las vetas de un libro en pasta española que sólo había mirado una vez y con las líneas de la espuma que un remo levantó en el Río Negro la víspera de la acción del Quebracho. Esos recuerdos no eran simples; cada imagen visual estaba ligada a sensaciones musculares, térmicas, etc. Podía reconstruir todos los sueños, todos los entresueños. Dos o tres veces había reconstruido un día entero; no había dudado nunca, pero cada reconstrucción había requerido un día entero. Me dijo: Más recuerdos tengo yo solo que los que habrán tenido todos los hombres desde que el mundo es mundo. Y también: Mis sueños son como la vigilia de ustedes. Y también, hacia el alba: Mi memoria, señor, es como vaciadero de basuras. Una circunferencia en un pizarrón, un triángulo rectángulo, un rombo, son formas que podemos intuir plenamente; lo mismo le pasaba a Ireneo con las aborascadas crines de un potro, con una punta de ganado en una cuchilla, con el fuego cambiante y con la innumerable ceniza, con las muchas caras de un muerto en un largo velorio. No sé cuántas estrellas veía en el cielo (Borges, 2001:53).

La pregunta que sugieren, tanto el título de este relato como la descripción anterior, sería ¿Qué es la memoria? Responderla nos llevaría por las orillas de una teoría cualquiera; habría que preguntarse si esta fue la intención de Borges al escribirlo. Tal como empieza el relato, con un “recuerdo” pero también con un “creo”

que pone en duda el recuerdo mismo, nos sugiere un límite que no hay en Funes puerta de entrada para el enigma que construye Borges. Veamos:

Lo recuerdo (yo no tengo derecho a pronunciar ese verbo sagrado, sólo un hombre en la tierra tuvo derecho y ese hombre ha muerto) con una oscura pasionaria en la mano, viéndola como nadie la ha visto, aunque la mirara desde el crepúsculo del día hasta el de la noche, toda una vida entera. Lo recuerdo, la cara taciturna y aindiada y singularmente remota, detrás del cigarrillo. Recuerdo (creo) sus manos afiladas de trezador. Recuerdo cerca de esas manos un mate, con las armas de la Banda Oriental; recuerdo en la ventana de la casa una estera amarilla, con un vago paisaje lacustre. Recuerdo claramente su voz; la voz pausada, resentida y nasal del orillero antiguo, sin los silbidos italianos de ahora (Borges, 2001: 51).

Así como Freud, en su análisis del Moisés de Miguel Angel, parte de un enigma, nosotros estamos convocados a encontrar el que Funes nos entrega. ¿Pretendió Borges darnos una lección sobre la memoria? ¿Fue su intención acompañarnos por una de sus narraciones, emparentadas con aquellas extraordinarias de Edgar Allan Poe y que, en una de ellas, una voz nos coge por sorpresa, aquella de un simio que era escuchada por el oído condicionado de los personajes que acusaron un grito, en los crímenes de la calle Morgue, tratándose aquí, con Funes, de una memoria prodigiosa? O ¿existe otro móvil en el cuento que mantenga nuestra atención hasta el punto de ponernos a escribir sobre él?

¿Qué enseña este cuento al psicoanálisis? Colocarme en posición de pregunta implica tener un desconocimiento, más que un saber sobre la obra misma, precondition para abordarla de tal manera que podamos escuchar lo que ella, entrelíneas, nos pueda dar.

Varias expresiones de Borges crean en mi una inquietud, la primera ¿Por qué dice que volver a caballo, justo cuando se encuentra con Irineo por primera vez, no era la única circunstancia de su felicidad? (Borges, 2001:51), ¿es que se la entregaba la lluvia después de un día bochornoso o se la daba el conocer a Irineo Funes, quien le inculca el bicho de la curiosidad?; justo lo que nos llevaría a otro enigma que pudiéramos enunciar así: ¿a qué se refiere con esa "incómoda magia" (Borges, 2001:51) que le producía el saber que Funes había sido revolcado por un redomón?

¿Cómo es posible una afirmación como esta?: "Lo cierto es que vivimos postergando todo lo postergable; tal vez todos sabemos profundamente que somos inmortales y que tarde o temprano, todo hombre hará todas las cosas y sabrá todo" (Borges, 2001:53). ¿Sabemos o esperamos? ¿Se propone Borges crear un imposible en ese hombre que haga todas las cosas y las sepa todas?

Crear un personaje que no olvida nada, es situarlo del lado de lo imposible, describirlo agota la palabra que pueda dar cuenta del fenómeno o del hecho; elegir unas palabras implica desechar otras, por lo tanto olvidarlas para el relato. Por eso, una sensación invade al lector, un afán de seguir la ficción narrada para verificar que nada ha quedado por fuera. Borges, pues, intenta con Funes dar cuenta del Todo, de lo absoluto de la completud con un personaje imposible, apenas si delineado, del que no se pueden decir sino pocas cosas, aunque sean muchas las que lo representan, tantas cuantas sean existentes y que él pueda mirar detalladamente. Así como *El Aleph*, que pretende “ser un punto en el espacio, en el cual está contenido todo el espacio” (Borges & Carrizo, 1997:237) —tal como el mismo Borges lo describe en la entrevista que sostuvo con Antonio Carrizo y sobre lo cual agrega que “[...] eso está tomado de la idea de la eternidad, que es un instante en el cual está contenido todo el tiempo. Yo —dice— apliqué al espacio, lo que los teólogos han aplicado al tiempo” (Idem) —, en Funes, Borges lo aplica a la memoria, todo el espectáculo de la visión en un solo recuerdo lineal, sin baches, sin agujeros.

Logra involucrarnos como lectores en la aventura de alguien a quien no escapa nada; la saturación del relato con sus ejemplos, cada vez más minuciosos, nos incomoda, como si supiéramos que algo no marcha ahí. ¿Qué es lo que falta en Funes para que pueda olvidar?, pudiéramos decir que se necesita un primer olvido para que haya otros. ¿Cómo es posible que Funes que no olvida nada pueda recordarlo todo, absolutamente todo? Ahí encontramos la capacidad de invención de Borges para violentar toda regla lógica e incursionar en el espacio del sinsentido y así entregarnos una verdadera creación, lo que lo sitúa del lado de los genios.

Lo que no marcha va más allá, Borges olvida, olvida su libro de latín. Un lapsus del narrador empuja al personaje a recordar, a aprender Todo el latín que unos textos circunscriben. ¿Aprende de este olvido del narrador, o a causa de este olvido hace de lo visto un texto, un trazo, una letra, un número que pueda poner límite al saber desbocado que le queda como una afasia al revés, pudiéramos decir?

Si trato de olvido o de lapsus el hecho de no encontrar los textos que le faltaban, es tomando en cuenta las palabras mismas del narrador quien dice: “[...] noté que me faltaban el *Gradus* y el primer tomo de la *Naturalis historia*” (Borges, 2001:52), no dice, por ejemplo, me acordé que había prestado tales textos a Irineo; la forma de decirlo, más bien, da cuenta de un cierto lapsus del recuerdo o más específicamente un olvido, puesto que sólo, él suponía, le había prestado el *Gradus ad Parnassum* de Quicherat y la obra de Plinio. Ahora bien, todo lapsus tiene una explicación. ¿Qué pudo llevar a Borges a olvidar estos textos en casa de Irineo Funes? Él dice que le envió estos libros para desengañarlo, es decir, para que no aprendiera el latín, puesto que creía

que era una empresa imposible, aprenderlo sólo con un diccionario y un texto. ¿Cómo llegaron entonces estos libros a manos de Funes? No pudo ser más que el mismo narrador los enviara sin darse cuenta, pero con la intención mencionada.

“Pensar es olvidar diferencias, es generalizar, abstraer. En el abigarrado mundo de Funes no había sino detalles casi inmediatos” (Borges, 2001:54), dice el narrador. Borges, pues, hace del olvido la condición del pensamiento. Memoria y olvido se unen para la producción del pensamiento. Irineo Funes no puede metafórico, sólo un deslizamiento metonímico sin fin lo lleva a congestionarse de percepción hasta la muerte. ¿Nos autorizaría esto a enfrentar el texto con la intención de hacer un diagnóstico posible de psicosis, puesto que corresponde a lo que la teoría psicoanalítica nos ha enseñado? Definitivamente NO. No es esta la enseñanza que Jacques Lacan nos legó.

Hay en los tiempos del relato otro enigma, Borges se toma el cuidado en entregarnos algunas fechas: 1868, nace Irineo; 1884, primera vez que lo ve corriendo cuando responde al saludo de su primo recordando los tres nombres de este, tenía 16 años y ya aparecía una muestra de su memoria infalible; 1886, fecha que referencia Funes como en la que “había discurrido un sistema original de numeración” (Borges, 2001:54), como una de las facultades adquiridas después del accidente, tenía 18 años; 1887, última vez que lo vio, año que corresponde a sus 19 años y le dijo que llevaba 19 años olvidando casi todo:

Me dijo que antes de esa tarde lluviosa en que lo volteó el azulejo, él había sido lo que son todos los cristianos: un ciego, un sordo, un abombado, un desmemoriado. (Traté de recordarle su percepción exacta del tiempo, su memoria de nombres propios; no me hizo caso.) Diecinueve años había vivido como quien sueña: miraba sin ver, oía sin oír, se olvidaba de todo, de casi todo. Al caer, perdió el conocimiento; cuando lo recobró, el presente era casi intolerable de tan rico y tan nítido, y también las memorias más antiguas y más triviales. Poco después averiguó que estaba tullido. El hecho apenas le interesó. Razonó (sintió) que la inmovilidad era un precio mínimo. Ahora su percepción y su memoria eran infalibles (Borges, 2001:53).

¿Por qué dice Irineo que llevaba 19 años sin oír y sin ver y que al caer había recobrado las facultades? Justo en el momento en que le dice a Borges que tiene 19 años es en 1887. Eso quiere decir que fue en ese mismo año en que se cayó. ¿Cómo explica sus facultades antes de la caída y la producción de un sistema de números en el 86? Es que Funes tiene una percepción, podríamos decir, una subjetivación de sus facultades, distinta después del accidente ¿Por qué la causa traumática cambia la manera de vivir sus facultades? Entonces no hay un error de cálculo en las fechas por parte de Borges. Al respecto transcribo una parte de la entrevista antes reseñada:

— Carrizo: ¿A qué edad muere Funes el memorioso?

- Borges: Eso puede saberlo usted, que tiene el libro.
- Carrizo: Creo que a los veintin años.
- Borges: Tiene que morir muy pronto, abrumado por la suma infinita de sus memorias. Yo no sé si llega a esa edad. Debí hacerlo morir antes (Borges & Carrizo, 1997:237).

Es esta última expresión: “Debí hacerlo morir antes”, la que podría dar una pista sobre la pregunta que surge del lapsus de las fechas, por parte del personaje. Sin embargo, la respuesta debemos encontrarla en el mismo texto, o tal vez es el enigma que no podremos resolver, el enigma que queda del lado del literato. Intentemos una respuesta. Es que antes, él corría velozmente sin detenerse, tal vez la manera que tenía de huir de una visión detenida que lo inundaba; la caída sí ocasionó un trauma, el no poder caminar, el no poder huir de la visión de un espacio fijo que lo absorbe a él; más que percibir, era percibido por el entorno. Funes no puede abstraer, cada palabra es una etiqueta pegada al objeto, entre el uno y el otro no hay posibilidad de una hendija que permita el uso de un significante por otro; Borges dice: “Dos veces lo vi atrás de la reja, que burdamente recalca su condición de eterno prisionero” (Borges, 2001:52), sí, está en una cárcel, la cárcel de un lenguaje fijo que no le da la posibilidad del olvido.

Idear un personaje sin lagunas en el recuerdo es crear la antítesis de lo humano cuya característica está dada por la fundación de una falta originaria que lo marca y lo deja a expensas del lenguaje, pero con la posibilidad de emplearlo en el juego que el lenguaje mismo ofrece de metáforas y metonimias que tienen como condición una separación de los objetos. Es Irineo Funes el modelo, por antítesis, de lo que es el ser humano. Un personaje que produce cierta angustia, allí donde nos lleva en su relato por un camino al infinito, sin quiebres, donde falta la falta.

Entonces, más que de la memoria, el cuento habla del no olvido, pues para que el pensamiento exista es necesario algo del olvido mismo, y al hacerlo lo muestra como condición de la existencia humana. Irineo, más que un “caso raro”, es alguien que tiene “ciertas limitaciones”, puesto que recordar todo, absolutamente todo, no es una garantía para la existencia; el no olvidar es el límite de esta misma. Funes experimenta un empirismo más radical que el de aquel filósofo mencionado en el relato (Borges, 2001:54), que pretendía darle un nombre a cada cosa en particular, puesto que su percepción desbarata las cosas mismas hasta lo innumerable, lo incontable, tal vez hasta lo infinito, allí donde la contabilidad tiene que remitirse a los números infinitos.

Más que enseñarnos, Borges nos ilustra un saber de todos, que para pensar es necesario olvidar. Que el hombre tiene dentro de sus haberes de hombre, el olvido como cualidad. Tratar, entonces, de hacer de Funes un caso clínico no tiene ningún sentido puesto que no es esta la vía central por donde nos conduce la reflexión borgiana, así como en su seminario seis *El deseo y su interpretación*, Jacques Lacan pone en duda

calificar de histérico, obsesivo o psicótico a Hamlet puesto que cualquier clasificación puede hacerse desde lo descriptivo, que hace coincidir la narración con la teoría, pero sobretodo, porque no es más que un personaje; así lo dice Lacan: “Él es, pura y simplemente, el lugar de ese deseo. Hamlet no es un caso clínico. Bien entendido, Hamlet —es más que evidente recordarlo— no es un ser real” (Lacan, 1959). Funes tampoco lo es, es una ficción de Borges que roza los límites de lo posible hasta hacernos desembocar en un espacio y un tiempo que marcan el umbral de lo soportable, un umbral traspasado por Antígona en un acto que la sitúa como inhumana.

Bordea Borges con su letra un real imposible, el mismo que intenta Funes cercar con sus cálculos, allí donde falta algo que pueda poner un límite al desenfreno de la memoria. Por su atrevimiento, Borges interesa al psicoanálisis, él desbroza el camino hacia lo Real, espacio conquistado por el síntoma pero también por la creación poética y literaria, modelo para nosotros en lo que al bien decir y saber-hacer refiere.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Borges, J. & Carrizo, A.** (1997) *Borges el memorioso.*, México: Fondo de cultura económica.
- Borges, J.** (2001) Funes el memorioso. En: *El mundo*, No. 9. Barcelona, España: Ficciones.
- Freud, S.** El Moisés de Miguel Angel. En: *Obras Completas*, Vol. XIII. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu editores.
- Lacan, J.** (1959) *Seminario 6: El deseo y su interpretación.* Texto no establecido. Recuperado de la base documental Folio Views 4.2.
- Lacan, J.** (1989) Lituraterre. En: *El Seminario de Jacques Lacan, libro 18: De un discurso que no fuera del semblante.* Buenos Aires, Argentina: Paidós.